

dispone al alma para todos los bienes, desnudándola de sí misma y de su amor propio, y vistiéndola del amor de Dios, el cual la hermosea tan altamente, que Dios está en ella hermoseándola, y ella en él altamente amándole. Esta es la que sube al alma a la cumbre de la perfección y unión con Dios en suma perfección y transformación del ánima en Dios, que llega a tanto, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y todo lo que es. Esta es la que dispuso a San Pablo para ser vaso de escogimiento. Esta tenía más altísimamente la Virgen María, cuando después de haber tenido aquel coloquio con el ángel sobre la encarnación del Hijo de Dios en sus entrañas, abrasada de caridad le respondió: *Ecce ancilla Domini, fiat mihi secundum verbum tuum*¹; por la cual respuesta concibió al Hijo de Dios y quedó hecha Madre de Dios. ¡Oh dichosa virtud, que tan altamente dispones al alma para todos los bienes, haciéndola muy hermosa y graciosa a los ojos de su Dios!

Esta es la que dispones más al alma para padecer todos los trabajos de esta vida con gozo y alegría, como dispuso a San Pablo para padecer tantos como padeció con tanta perfección, y a la Virgen María y a todos los Santos. Por lo cual se ve cuán gran virtud sea ésta, y en ella consiste, cuando es perfecta, la cumbre de la perfección y santidad y unión del alma con su Dios.

Estas tales almas son las más amadas de Dios, las más santas, las más consoladas, y las que van más seguras por el camino de Dios: a estas visita, a estas descubre sus secretos; con estas trata muy familiarmente, porque se dan todas a él, y ya no son suyas, sino de su amado Jesús. Estas son las que padecen por él con perfecta caridad; estas son las que no se contentan con padecer poco, pero desean padecer más y más por el amado; a estas

¹ Luc. 1, 38.

consuela y regala y visita de muchas maneras, por haberse de verdad entregado en sus manos, como lo hizo este Señor con aquellos tres mozos de Babonia bien entregados en su Dios, que siendo echados en el horno ardiente, no se quemaban, pero andaba con ellos un ángel recreándolos, y con gran regocijo andaban entre el fuego libres bendiciendo a Dios: y como lo hizo con Daniel que siendo echado a los leones, no le tocaban, antes se le echaron a sus pies, y así fue libre, enviándole Dios de comer: y como lo hizo Dios con tanta muchedumbre de mártires, que eran echados a los leones y no los dañaban, y en el fuego no se quemaban, consolándolos Dios altamente porque se habían puesto en sus manos padeciendo por él con amor y alegría.

A unos los sanaba de todas sus heridas, a otros visitaba él mismo en persona, a otros los enviaba los ángeles que los visitasen y consolasen y diesen de comer y algunas veces eran tan visitados en lo interior en tanto grado que rebosaba del alma de la grande abundancia de lo de dentro de la visita de Dios que se la comunicaba al cuerpo: a tanto que ni ella ni su carne no sentían dolores; como aconteció algunas veces en el martirio, usando Dios de grandes favores con estos fieles siervos suyos y de grandes maravillas. Como lo hace también con todos los perseguidos que en sus trabajos se ponen en sus manos. Lo mismo hace este Señor con los tentados y afligidos, y con los trabajados de enfermedades, pobres y necesitados, poniendo ellos todo el cuidado de sí en sus manos, para que de esta manera saquen provecho de todo y resulte en gloria de Dios. Y los que padecen géneros de trabajos, y no son visitados, enseñados y consolados, es por su culpa; porque con su amor propio no se resignan y entregan en su Dios, que lo puede remediar mejor que no ellos: y así viven, buscándose a sí mismos, tristes y desconsolados: lo cual no hicieran si no se buscaran, salido de sí, entregándose a su Dios, consolador y

remediador de todos los que de verdad le buscan y se le entregan

Y no paran en esto los favores de este Señor, sino que les da mucha gracia y muchos dones y les hace muchas mercedes en esta vida, y después les da gran premio de gloria en el cielo. Y cuanto más el alma se acercare a esto que se ha dicho, tanto será más perfecta y santa, y tanto más agradará a Dios; y entonces lo habrá alcanzado, cuando tuviere la perfecta caridad y amor de Dios.

CAPÍTULO XVI

De la grande hermosura con que Dios hermosea el alma por este camino

Cosa clara es que el alma es vida del cuerpo, y que salida el alma del cuerpo, que queda muerto y muy feo y abominable, y que luego hiede como perros muertos y que no hay quien le quiera ver ni mirar a la cara; pero cuando el alma está en él, luego tiene vida y ella hermosea el cuerpo. Pero si a este cuerpo vivo le visten y atavían de ricos vestidos de seda y oro, plata y de perlas preciosas, estará mucho más hermoso; de condición que el alma es vida del cuerpo y de su hermosura.

Pues así como el cuerpo tiene vida y hermosura por el alma y sin el alma está feo y abominable, así ni más ni menos la vida del alma es la caridad y gracia de Dios, las cuales dos cosas andan siempre juntas; y sin esta caridad y amor de Dios está en pecado y muerta, porque le faltó lo que ha de darla vida, que es la gracia y amor de Dios, y muy fea y abominable.

Pues si está el alma en caridad y gracia de Dios, está Dios en ella dándola vida de la gracia y hermoseándola con su gran poder, saber y amor tan grande con que la ama, y hermoseándola de muchas virtudes. Y si sola una virtud hermosea el alma más que no el sol con todo su resplandor, ¿cuál estará llena de ellas? Por lo cual se verá cuán gran virtud sea esta caridad, en la cual está y consiste, cuando es perfecta, la cumbre de la perfección y santidad y unión del alma con su Dios, hermoseando el alma y poniéndola más resplandeciente y hermosa que no el sol y la luna.

Vemos que cuando él embiste una nube, que él la viste y hermosea con su gran resplandor y hermosura, y ella vestida del sol está a los ojos de todos los que la miran muy hermosa, de diversos colores y de gran resplandor. Pues si este sol material hermosea tanto las nubes, ¿cómo hermoseará Dios, sol de justicia, a las almas las cuales, estando en caridad están en Dios y Dios en ellas vistiéndolas y hermoseándolas de sí mismo, el cual es infinitamente más hermoso que no el sol? Las cuales almas pone este Señor tan hermosas, que no se puede declarar su grande hermosura. Y así en el alma que se ha dado toda a su Dios y todo lo que tiene y todo lo que es, está en ella hermoseándola la viva fe; en ella está hermoseándola la firme esperanza y segura confianza en su Dios; en ella está hermoseándola la encendida, abrasada y perfecta caridad; en ella la profunda humildad y la mansa paciencia con las cuales Dios la está hermoseándola; en ella la prudencia y fortaleza, en ella la justicia, en ella la continua oración, en ella la imitación de la santísima vida de Jesucristo Nuestro Señor. Y así esta perfecta caridad es la que desnuda el alma del bajo y sucio sayal de sí misma, y la viste del brocado de tres altos de la divinidad de Dios Padre, hijo y Espíritu Santo: porque llega a tanto este amor entre los dos, Dios y el alma, que cada uno da al otro todo lo que tiene y todo lo que es, y pide al otro todo lo que tiene y

todo lo que es. *Dilectus meus mihi et ego illi*¹.

Pues se ha dicho tanto del amor de Dios, será bueno dar remedio para que el alma lo conserve y guarde. Pues para que el alma que Dios la ha enriquecido de todo lo sucedido lo conserve y no lo pierda, ha menester abrazarse con la grande humildad de corazón que se lo guarde, porque si esta le falta al alma, todo el edificio se caerá, derribándole la soberbia; porque perece todo lo que se hace, si no es guardado en humildad.

La humildad es fundamento de todas las virtudes; y así como un gran edificio ha menester, para que no se caiga y pierda el gasto, un gran cimiento, así el edificio espiritual, para que no se caiga, ha menester un gran cimiento, y este ha de ser la gran virtud de la humildad y corazón que le sustente. Y así una de las grandes dichas que al siervo de Dios le pueden venir en esta vida para más de raíz y profundamente alcanzarla, es que, permitiéndolo así Dios, él sea tentado y muy perseguido de diversidad de trabajos, para que con la tentación, se conozca de verdad y sea humillado de cada día más; y humillado, sean guardados en él todos los bienes que habrá ganado y Dios le habrá dado, sin que se pierdan; y con la misma tentación y trabajo crezca en todas las virtudes: como fué dicho a San Pablo: *Virtus in infirmitate perficitur*², como ejercicio de ellas. Porque si es tentado muchas veces, luego es elevado; y si es tentado, luego es humillado; y mientras más tentación más ejercicio de humillación y más guardado del mismo Dios, porque se humilló.

Prosperidades son estas adversidades; y no las da Dios para dejar al alma, sino para guardarla y enriquecerla: y por do ella se piensa algunas veces ser desamparada, por allí es guardada de su Dios y amada, porque se humilló tanto. Por aquí se abaja

1 Cant. II, 16.

2 Cor, XII, 9.

el alma y Dios la levanta, por aquí teme y Dios la asegura y guarda de sus enemigos: y no la da trabajos para dejarla, sino para guardarla y humillarla, como aquel que tanto la ama como a humilde.

CAPÍTULO XVII

De algunas consideraciones para que el alma alcance gran conocimiento de sí, y con él la santa humildad de corazón

Pues la primera consideración será, que el alma considere cuán nada es: decondición que el alma ha de considerar cómo por sí sola no tiene ser, pues no se hizo ella, sino que Dios la hizo; y que si no fuese tenida y conservada de la mano de Dios que la dió el ser, no podría ser en ninguna manera, antes se volvería al no ser que tenía ahora cien años; porque todas las cosas tienen el ser en aquel del cual son criadas, que es Dios, y toda las cosas fueron hechas de no nada, y la esencia de ellas se tornaría otra vez a no nada, si el Hacedor de todas ellas no las tuviese con la mano de su gobernación. Dice San Pablo: *Qui se existimat aliquid esse, cum nihil sit, ipse se seducit*¹. Pues quien no es, es cierto que no vale nada, ni tiene nada, ni puede nada, ni sabe nada, ni hace nada de bueno sin Dios; y si algo de esto hay en el alma, no es porque lo obre ella, sino Dios con ella como causa primera. Luego síguese estar desnuda el alma de todo bien, si de su Dios no es vestida con sus dones; y que teniendo el ser y con él algo de bueno, no tiene nada suyo, pues todo don es de Dios;

¹ Gal. VI, 3.

y que tenerlo el alma es tenerlo prestado de su Dios, como se experimenta que lo da y quita este Señor cuando quiere.

Ha de llegar el alma a tan alto grado de conocimiento de sí que conozca que teniendo ser, que no tiene ser ahora de presente más que le tenía ahora cien años; y que conozca que no salen de ella más operaciones propia, cuando salen, que salían ahora cien años; y que teniendo ser, vea que no le tiene: y esto todo es la causa porque si Dios no obrase con ella, sería el alma como si no fuese. por do conocerá el alma claramente que teniendo ser, que no tiene ser para obrar por sí sola, porque sólo Dios es el que tiene ser increado y propio y el que obra por sí sólo, y el alma ni le tiene por sí ni puede obrar algo por sí sola, sino sólo Dios: así que el alma ni tiene ser ni operaciones sin Dios, ni aún para menear un dedo o abrir el ojo para mirar.

Para entender bien esto, es menester luz divina. Esto es conocer el alma que Dios es "el que es," *Ego sum qui sum*¹, y ella "la que no es". Porque este Señor es causa y autor de todas las cosas buenas y no el alma, ni aun de menear la cabeza, pues que no puede más por sí sola, que si no fuese: y así se dice muy bien que Dios es el que es y ella la que no es, como se lo enseñó Cristo Nuestro Señor a Santa Catalina de Sena, diciéndola: "¿Sabes tú, hija mía, quién tú eres y quién soy yo? Porque si estas dos cosas tú supieres, ciertamente serás bienaventurada: porque tú eres la que no eres, y yo soy el que soy. Si esta noticia tuvieres en tu alma, nunca el enemigo te podrá engañar, y escaparás de todos los lazos, y nunca consentirás en cosa alguna que sea contra mis mandamientos, y sin falta alcanzarás toda gracia, toda caridad, toda virtud sin dificultad."

La segunda consideración es, que el alma ha de considerar delante de su Dios, para conocerse de veras, cuán mala es y ha sido contra un Señor tan bueno, como es su Criador, de quien ha

¹ Exod. III, 14.

recibido el ser que tiene y otras mercedes sin cuento, para que por aquí saque en limpio cuán nada vale por la muchedumbre y gravedad de sus muchos y gaves pecados: en medio de los cuales anda siempre el alma humilde metida menospreciándose y abominándose, provocándola a ellos sus pecados y mala vida y traiciones hechas contra su Dios, respondiéndole con males y pecados a mercedes tantas y tan grandes, como de su Majestad ha recibido.

La cual consideración la mueve a grandes lágrimas de dolor de haber ofendido a un Dios tan bueno, y a gran conocimiento de sí y aborrecimiento: y mirándose y conociéndose tan mala, anda haciendo asco de sí misma y hediéndose a si misma, como si trajese un perro muerto hediondo a sus narices, por la gran vileza y hediondez que siente en sí de sus hediondos pecados. Por la cual humildad visita Dios al alma, porque le agrada mucho el dolor de sus pecados conocidos y llorados. *Cor contritum et humiliatum, Deus, non despicies*¹.

La tercera consideración para que el alma se conozca será, que considera cuán flaca es y cuán nada puede: lo cual ella experimenta en todos sus trabajos y necesidades, reconociendo en ellos y en todas las cosas cómo el poder y todos los bienes son de Dios; porque todas las cosas obra este Señor con su gran poder, porque *Omnia per ipsum facta sunt, et sine ipso factum est nihil*². Y así se ve el alma y experimenta en sus necesidades y trabajos no hallar en sí ni en ninguna criatura remedio alguno, sino en sólo su Dios: por lo cual viene a desconfiar de sí, como si no tuviese ser, y de las criaturas, estando toda colgada de la confianza de su Dios y muy sujet a este Señor, de cuya mano le vienen todos los bienes y remedios. Y esto lo toca a la clara y experimenta en todos sus trabajos y particularmente en las

1 Ps. L, 19.

2 Joan. I, 3.

tentaciones, no hallando en sí un cabello de fortaleza, si del cielo no le viene, conociendo muy a la clara que, si por la mano de su Dios no fuese sustentada y tenida, luego caería y se perdería.

Dice San Gregorio: "¿Qué somos nosotros si de la protección de nuestro Hacedor somos desamparados? Para que se muestre al hombre cómo sin ella es en sí ninguna cosa. Así que ninguno se estime de alguna virtud aun cuando puede algo de fortaleza, pues si le desampara la defensión divina, allí es derribado a deshonra sin fuerzas, donde se gloriaba estar fuertemente. Así que por la gracia divina entonces guarda más con enseñamieto a cualquier escogido, cuando casi le desampara: porque cuanto más con sus fuerzas se considera por las adversidades ser vecino a la muerte, tanto más en todas las cosas que con fortaleza hiciere huyendo al amparo divino viva más firmemente humillándose."

Y así San Francisco si le decían que era bueno y que hacía buenas obras, respondía escusándose: "yo ningun bien hago:, haciendo tantos; y esto, atribuyendo en su alma todos los bienes, que hacía, a su Dios; el cual hasta la voluntad para hacer bien nos dá; no siendo nosotros sino instrumentos con los cuales obra Dios lo que a él place, sin el cual favor no haríamos nada; como el escribano que escribe él y no la pluma, sino él con ella, y el pintor pinta con el pincel y no el pincel; porque los instrumentos jamás hacen cosa por sí solos, ni pueden. Así ni más ni menos, nosotros no podemos hacer cosa buena sin Dios, ni padecer algo que le agrade, porque él es el que es y nosotros los que no somos.

Bien experimentó esta flaqueza San Pablo siendo tentado, cuando pidió a Dios por tres veces que se la quitase temiendo su flaqueza: y Santa Catalina de Sena, siendo tentada, la cual lloraba amargamente de miedo. A los cuales esforzó y consoló el Señor hablando con ellos. Y también Elías la experimentó,

cuando de miedo huía de Jezabel no le matase; con la cual experiencia se humillaban tanto, y con esta humildad conservaban en sí los bienes y virtudes que Dios los había dado.

La cuarta consideración para que el alma se conozca y humille muy de veras será, que considere cuán pobre es de bienes espirituales, y tan pobre como si no tuviese ser, no viendo en sí cosa buena como suyo, conociendo que todos los bienes son de Dios, y que teniendo ella algo ha de conocer que no tiene nada suyo, como es verdad; atribuyendo a su Dios todos los bienes como a Señor de ellos, considerando todo bien como venido del soberano bien, no se apropiando a sí cosa alguna de bien, ni atribuyéndose a sí la virtud; más refiriéndolo todo a Dios, sin el cual no tiene el alma cosa alguna de bien, porque todo es de Dios, *Desursum est*, mirando el alma en Dios todos los bienes y ella verse vacía y desnuda de ellos.

Así que de todo lo que algo es se ha de hallar el alma pobre y desnuda, y para hallarse pobre y desnuda de todo lo bueno, mira en Dios todos los bienes, y así ve ser hacienda propia de Dios, y ella estar desnuda y pobre de bienes; de condición que solo Dios es bueno, solo Dios es santo, y no los hombres, si él no se lo da y comunica. Para confirmación de lo dicho, dijo Cristo Nuestro Señor: *Nemo bonus nisi solus Deus*¹, y la Iglesia dice: *Tu solus sanctus, tu solus Dominus, tu solus altissimus*.

Y como Dios es el que es, están en él todos los bienes, y no en las criaturas, y tanto tiene la criatura de bien y no más, cuanto su Dios se le comunica y da, y no más; y tanto le dura, y no más, cuanto él quiere, como Señor que es de todo: de condición que no puede decir: *Non commovebitur in aeternum*², porque si no se humilla, presto se lo quitarán, y dirá por experiencia: *Avertisti faciem tuam, et factus sum conturbatus*³, viéndose sin

1 Luc. XVIII, 19.

2 Ps. CXXIV, 1.

3 Ps. XXIX, 8.

los dones que de Dios había recibido. Los humildes entonces creen estar lejos de la santidad, cuanto más a ella se acercan; y esta excelencia suelen tener los escogidos, que siempre sienten de sí menos de lo que son, dice San Gregorio.

La quinta consideración es, que el alma considere cuán nada sabe y cuán ignorante es: porque en toda obra de virtud se halla ignorante, si de su Dios no es enseñada, en quien habita y está la infinita sabiduría. A tanto que ninguna criatura puede tener cosa de sabiduría ni cosa alguna de virtud, si este Señor no se lo da: porque el alma es como la misma nada sin su Dios, y aí se ve sumamente ignorante, y lo experimenta en sí; por lo cual humillándose mucho, tiene un gran deseo de aprender y de ser gobernada por otros, siendo muy sujeta a su Dios y a toda criatura por el mismo Dios, experimentando muchas veces el alma su grande ignorancia; no solo en cosas grandes y difíciles, pero tambien en cosas pequeñas y de poco momento, hallándose tan embarazada que no sabe determinarse, ni ir atrás ni adelante, ni a un lado ni a otro, por su grande ignorancia, ni si la mueve buen espíritu o malo. Pero ¡qué maravilla que el alma sea tan ignorante, como si no tuviese ser, pues que no puede tener cosa de sabiduría, si Dios no se la comunica y da, como Señor que es de todo bien!.

A tanto llega nuestra ignorancia que todos los vivientes somos igualmente ignorantes, si igualmente nos deja Dios en la ignorancia. ¡Oh! ¡Cuánto vale para esta sabiduría la humildad! Dice San Gragorio, que aquel que no menosprecia a sí mismo, que no puede alcanzar la humilde sabiduría de Dios, y que nuestro Redentor rige los corazones de los humildes, y que los que están sujetos al Rey de la humildad, Cristo Nuestro Señor, siempre son temerosos y pelean contra la soberbia. La verdadera sabiduría del hombre es la humildad, y tanto deja de saber, cuanto menos conoce a sí mismo.

La sexta consideración para alcanzar la humildad, y para que

el hombre se conozca mucho será considerar a sí mismo muy de raíz y despacio quién él es, y cuán hediondo y abominable es de dentro y fuera de sí, no sólo por la hediondez que causan en él y en su alma sus hediondos pecados, por los cuales hiede a Dios y a todas las criaturas, como perros muertos; por lo cual debe de andar el alma delante de su Dios con suma vergüenza, viéndose tan mala delante de un Dios tan bueno, no osando levantar los ojos de vergüenza; pero también se ha de humillar y abajar mirándose y abajándose y considerándose, como es verdad que lo es, como un muladar vestido o como una letrina hedionda y cubierta, teniendo grande asco de sí mismo; considerándose desde los pies hasta la cabeza tan hediondo y mirando como sale de él la grande hedentina que hay allá dentro, así por los ojos como por narices, oídos y boca, pies y todo el cuerpo un sudor y olor hediondo. Lo cual todo considerado mueve a grande menospicio y asco de si mismo y como se hiede tanto a sí mismo, cree también que hiede a todos los que están cabe él; por lo cual haga cuenta y se hieda siempre tanto, como si trajese a sus narices un perro muerto de quince días, no se pudiendo sufrir a sí mismo por el grande asco a que la mueve esta consideración y la de los sucios pecados.

Lo cual todo ha de mover al hombre a grande odio y aborrecimiento de sí mismo, y viéndose a sí tan malo y hediondo, se persigue como a grande y hediondo enemigo, queriéndose mal y abominándose, y cuánto más malo y hediondo es lo que en sí ve, tanto más disforme se parece, espantándose cómo Dios la sufre. Y esta es la verdad en que hemos de vivir, y sin esto en mentira vivímos, pareciéndonos bien y contentándonos de nosotros: en el juicio de Dios es tenido por soberbio y ciego el que no se hiede a sí mismo, como si trajese a sus narices un perro muerto; y tiene entrañable vergüenza a los ojos de Dios y de los hombres, como si ellos viesen sus males como Dios. Y cuando el hombre no siente un

extrañable desprecio y confusión delante de su Dios, es porque no se conoce perfectamente, y porque no tiene ojos sino de mundo y no luz celestial, porque ésta descubre los rincones del allá y la hace avergonzar de lo que los ojos mundanos alguna vez dirían que es cosa muy buena.

La séptima consideración y muy alta y divina, para que el alma por ella sumamente se conozca y humille y se vuelva a la nada, es esta: la consideración de los atributos y perfecciones divinas, por las cuales suele Dios dar al alma una grande luz porque de verdad se conozca y se humille deshaciéndose por ellos hasta venir a la nada, sacando por la consideración del ser infinito de Dios mi nada; y por la bondad infinita de Dios saque el alma su incomprensible maldad, y por su infinita sapiencia saque el alma su grande ignorancia, y por el infinito poder de Dios saque su gran flaqueza, y por su infinita hermosura saque su gran fealdad, y por su infinita riqueza saque su gran pobreza y miseria, y por su justicia saque el alma su iniquidad, viniéndose a deshacer el alma por este camino, conociendo que Dios es el que es, y ella la que no es.

CAPÍTULO XVIII

Ejercicio del alma humilde

Ha de juntar el alma humilde, para agradar mucho a su Dios, la humildad en todas las obras buenas que hiciere, andando en ellas el alma tan aniquilada y deshecha, como si no tuviese ser delante de su Dios, para que entienda y vea cómo salen de Dios, y que él es el obrador de ellas, y no el alma, sino Dios con ella: porque teniendo el alma en sí esta noticia que Dios es el que es y ella la que no es, entenderá que Dios es el obrador de todo

bien, para que no se atribuya a sí cosa alguna de bien sino a su Dios; y así podrá decir: "yo ningún bien hago." Porque si hace el alma muchas obras de gran caridad, podrá decir que Dios las obra, y obrándolas, ha de andar delante de su Dios como si no tuviese ser, mirando cómo este Señor las obras, y no ella, sino él con ella. Y si obedece, podrá decir : "Dios es el obrador de esta obediencia;" y si se humilla, podrá decir: "Dios es el obrador de esta humildad"; y si sufre y tiene paciencia, puede decir: "Dios es el que obra esta paciencia en mí"; y si es casto podrá decir: "no soy yo la causa de esta castidad, sino Dios que la guarda y defiende en mí, porque el que no es no la puede guardar ni defender:, y semejandemente en toda obra buena, atribuyendo a su Dios todos los bienes que salen del alma, y a sí la nada.

Y andando con este ejercicio no se elevará de cosa, aunque haga todos los milagros y maravillas que Dios obró con todos los Santos, porque a todo dirá con San Pablo: *Nom autem ego, sed gratia Dei mecum*¹; pero de todo dará al que es la gloria y honra de todo, como a Señor y obrador de todo bien. San Pablo dice así: *Qui se existimat aliquid esse, cum nihil sit, ipsemse seducit*².

El que no es, es cierto que jamás valió nada, ni vale, ni valdrá: el que no es, es cierto que jamás pudo cosa, ni puede, ni podrá: el que no es, es cierto que jamás tuvo cosa, ni la tiene, ni la tendrá; el que no es, es cierto que jamás tuvo ser, ni ahora lo tiene, ni jamás lo tendrá, porque no es ni tiene ser. Luego síguese que teniendo ser, que no le tiene suyo ni de sí, sino de Dios, que se le dió, y así no puede obrar cosa alguna por sí solo, sino que si lo ha de obrar, que lo ha de obrar Dios con él. *Non autem ego, sed gratia Dei mecum..* Viendo claramente el alma cuando obra virtud, cómo no es ella la que lo obra en la misma obra, sino

1 1 Cor. XV, 10.

2 Gal. VI, 3.

que Dios es el obrador de ello con ella, y así no se elevará de lo que ve claramente que no lo obra ella, sino Dios con ella, por cosa grande que sea, mirando aquel principio de do sale la buena obra, que es Dios, conociendo el alma cómo sin esta ayuda no puede nada.

CAPÍTULO XIX

De cómo el alma ha de alcanzar el conocimiento verdadero de sí por medio de la oración, pidiéndolo a su Dios

Hasta aquí se ha tratado por las consideraciones dichas cómo se ha de conocer y humillar el alma y abajarse y deshacerse delante de su Dios y de los hombres para alcanzar la santa humildad de corazón que quiere Dios que aprendamos de su Hijo bendito por el camino de la oración y petición y amor de Dios, el cual ha de ir junto con la petición, para que vaya con más fervor lo que se pide. ¡Oh bienaventurada el alma, que todo su regalo, consuelo y alegría es el tratar y andar siempre con su Dios, amándole y adorándole, humillándose delante de él! ¡Qué de luz divina que comunicará Dios a la tal alma y conocimiento grande de sí mismo, por el cual venga a abrasarse toda en su amor! y qué gran conocimiento que dará al alma de sí misma, con el cual ella se abaje y deshaga delante de su Dios, no ya por discursos y consideraciones santas, porque ya han pasado, sino por un claro conocimiento, que allí Dios la da, para que se vea y conozca tal cual es, y en un punto, tiempo y hora conozca a su Dios y a sí misma! El cual conocimiento crece con el amor de Dios, que es luz que alumbría al alma, por el cual viene a

conocer a su Dios y a sí misma. Y cuanto mayor es la luz que Dios la dá, más se conoce a sí misma y se humilla, y más ama y conoce a su Dios. ¡Oh divino ejercicio, tratar con Dios, por el cual vienen al alma tan grandes bienes, que no hay quien lo sepa bien explicar!

Este ejercicio de orar tenía San Francisco y San Agustín, cuando el uno hablado con Dios en la oración, decía a su Dios: "Conózcate a tí, y conózcame a mi;" y el otro decía a su Dios: "Quién eres tú, y quién soy yo?" Como si dijeran, hablando con su Dios: Dame, Señor mio, a conocer quién eres tú, y quién soy yo." Por el cual camino vinieron a ser tan grandes Santos y tan humildes. En la cual petición se declara cómo la caridad y la humildad andan siempre juntas ayudándose la una a la otra como dos buenas hermanas.

Pues estas dos virtudes juntaban estos Santos en sus peticiones, porque del conocer a Dios viene el alma a la amar y alcanzar la caridad, y del conocerse a sí viene el alma a humillarse y aborrecerse. ¿Quién sabrá decir las grandes cosas que Dios les decubriría de sí mismo y de ellos mismos, conociendo al mismo Dios y a ellos mismos? Por el cual conocimiento de Dios infuso en sus almas vinieron a conocer en sus almas en sí mismos hasta las mínimas faltas e imperfecciones, negligencias y descuidos, pecados públicos y secretos, si algunos había ignorados; y por este camino les trapía Dios a un estado tan alto de humildad, que si Dios obrase con ellos todas las maravillas y milagros que ha obrado con todos los Santos, no se elevaría su corazón más que uno que no tiene ser; porque le ha traído Dios a tan alto conocimiento de sí, que conoce alta y claramente que Dios es el que es, y ella la que no es. Y la luz y conocimiento más claro de estas cosas comunica Dios al alma por medio de la oración, cuando se lo comunica sin discurso alguno, sino por clara vista; y como por aquí el alma se abaja tanto conociéndose y despreciándose, Dios

la levanta a gran conocimiento del mismo Dios, enseñada e ilustrada por este Señor, porque *Humilibus dat gratiam*¹ y levanta a gran santidad. Y mientras más el Señor la levanta, ella como humilde más se abaja; que parece que Dios y el alma andan a porfía, Dios a levantarla y ella a abajarse: y así crece el alma en el amor de Dios, y en la humildad, y va más segura.

Por la consideración de los discursos y consideraciones ya la comunica Dios luz para que se conozca el alma; pero es un conocimiento como de rendija, en comparación del que comunica Dios por el amor y oración; y este conocimiento pequeño halla al alma en sí misma, cuando considera cosas humildes y bajas de sí, como las dichas atrás; pero pasado el discurso, muchas veces desaparece la luz que en los discursos tenía, y particularmente en los trabajos, en donde con la pasión de ellos se suele oscurecer el entendimiento y no puede todas veces aprovecharse en ellos de aquella luz, por haberse ido, sino es, cuando el alma en estas consideraciones humildes fuese tan ejercitada en ellas muchísimas veces, que no bastasen todas las tempestades de los trabajos para apartarla la luz, por el grande hábito que tiene de ella. Pero esta luz es pequeña y como de una rendija en comparación de la que Dios da por medio del amor de Dios y petición.

Por esta comparación se entenderá algo. Si en una pieza hubiese una ventana cerrada, y diese en esta ventana cerrada el sol, y tuviese la puerta una rendija, no entraría en la pieza más luz y resplandor de cuanto pudiese entrar por la rendija, y sin ella estaría toda la pieza oscura. El alma sin luz está en tinieblas, y tanto sabe, y no más, de cuanto Dios la da de conocimiento de sus cosas. Pero ¿qué diremos si de la pieza que se ha dicho, dando el sol en la ventana, si la abren toda de par en par? ¿Cómo entraría luego el sol con su gran resplandor

¹ Jac. IV, 6.

hinchiendo la pieza de gran luz, a tanto que de oscura que estaría estando cerrada, la pondría clarísima y con tanta luz que se vea en ella hasta los muy escondidos rincones y suciedad de ellos; y no solo esto, pero hasta los átomos del sol, que antes no se veían Pues esta luz que se ha pintado es la que Dios comunica al alma por medio de la oración fervorosa y el amor de Dios, como hizo con los Santos ya dichos y a otros: porque por este camino entra en el alma el sol de justicia esclarecido al alma su entendimiento, para que se vea y conozca tal cual es, tan altamente, que vea con ella los rincones de toda ella para limpiarlos; ve lo que antes no veía ni conocía en sí por faltarla la luz del cielo, y no sólo ve los rincones, pero hasta los átomos, es a saber, hasta las faltas muy menudas, para enmendarlas. Oh qué de faltas, válame Dios, que hacemos y no las conocemos, ni las sentimos, ni lloramos, ni enmendamos, ni las confesamos! Y es posible que estemos llenos de pecados veniales secretos no conocidos, pareciéndonos que no tenemos que confesar, no cayendo en la cuenta, por faltarnos esta celestial luz que nos desengaña.

CAPÍTULO XX

De como Dios a sus siervos los humilla mucho por el camino de los trabajos

Dios Nuestro Señor, como padre que tanto nos ama, comunica a sus siervos tan grande luz y conocimiento experimental de sí mismos por el camino de los trabajos, que con esta luz y experiencia se aprovechan en gran manera de los trabajos. Y porque le quedaron algunas ideas de la luz ya dicha, que

comunica Dios por el camino de la oración, y estas son tan grandes de este conocimiento de Dios y de ella, que no bastan los trabajos a oscurecer el alma del todo; y así se aprovecha grandemente de la luz estando en el trabajo en el caso de lo que debe de haber en tal tiempo, y así no se espanta, sacando de todo gran fruto en los trabajos de las enfermedades y persecuciones y falsos testimonios y recias tentaciones; y por aquí en los trabajos se confirma el alma más en el conocimiento de sí misma y ve que lo que toca en los trabajos es conforme a aquella luz que Dios la da allí a la que en la oración la da, y así tiene luz de experiencia y de oración, lo cual es todo comunicado por Dios para que se humille el alma y para que más se confirme en toda humildad.

Por la oración y petición la da Dios a conocer que ningún bien tiene ni hace sin Dios, atribuyendo a su Dios todos los bienes; y por los trabajos, que de la mano de su Dios le vienen, la da a conocer lo mismo experimentalmente tocándolo todo, como dicen, con las manos. ¡Oh dichosos trabajos, que descubren al alma quién ella es y lo que falta de bueno para procurarlo, enviándoselos Dios para que se humille! Por aquí se echa el resto de la humildad y el sello en el alma, confirmándose en ella por todos los conocimientos de sí y experiencias grandes, por donde el alma queda bien desengañada de su estima.

Es de notar que hay humildad de entendimiento, que consiste en este conocimiento que se ha dicho; y hay humildad de corazón, y esta es la sólida, fija y perfecta, que nos aconseja Cristo Nuestro Señor. Humildad de entendimiento es la que para en solo conocimiento el alma de sí misma; porque la de corazón pasa más adelante, teniendo el alma allá dentro en el corazón como con sello impresa esta virtud en el corazón por do viene el corazón y voluntad a sentir gozo y alegría con todas las deshonras que le son hechas, y viene a tener pena de que la honran y tratan bien, conociéndose de verdad ser merecedora de

toda deshonra y afrenta y de todas las persecuciones del mundo, como tan mala e indigna de honra; y así tiene harta paciencia en sufrir todos los menosprecios y deshonras y trabajos y persecuciones que la vengan, con la gracia de Dios; pero no la tiene ni puede tener de que la honran y tratan bien y la regalan, sino en todo lo contrario, salido todo del gran conocimiento de sí, estando el alma enojada consigo misma, porque sabe cuán desleal y traidora ha sido contra su Dios habiéndole ofendido tantas veces, y habiendo sido tan mala y desagradecida contra un Dios tan bueno; lo cual la causa enojo contra sí misma y odio.

CAPÍTULO XXI

De la humildad de corazón, y cómo se ha de alcanzar a fuerza de armas, venciendo el alma con la gracia de Dios

Pues que se ha tratado de la humildad de entendimiento, será bueno decir algo de la humildad de corazón tan trabajosa de alcanzar, la cual se alcanza a fuerza de armas y peleas y vencimiento el alma de sí misma con la gracia de Dios mortificándose varonilmente. ¡Oh cuán difícil es plantar en el corazón que naturalmente se alegra con las horas, que ya no se alegre con ellas, sino que se entristezca y le den penas y tormento; y cuando se entristecía con las deshonras, que ya se huelgue y alegre con ellas y guste de ellas! Cosa tan grande y difícil con grande pelea y trabajo se ha de alcanzar, que ya no se entristezca, sino que se huelgue, y que no se alegre sino que se entristezca. Dios ha de obrar esta tan alta obra con el alma,

mudándola de condición, para que imite a su Hijo bendito en ella y en todas las virtudes: grandes trabajos ha de costar de mortificación y vencimiento el alma de sí misma. El trabajar en un edificio es con las manos y cuerpo; pero el trabajar del alma es con la voluntad y corazón, venciéndose por Dios, abrazando lo amargo que no quiere, que no es pequeño trabajo quererlo y convertirlo en dulce, venciéndose con pelea.

De este gran conocimiento, que se ha dicho, viene el alma a quererse mal y aborrecerse y a perseguirse, como tiene razón; de lo cual le viene un ejercicio grande que ejercita el alma con la voluntad y corazón, ejercitando los actos de la sólida humildad de corazón, haciéndose fuerza el alma a querer las cosas amargas y desabridas, que la vienen, de los menoscobos y deshonras, vengándose de sí misma como de una cosa tan mala, como conoce ser, y esto persiguiéndose y estando mala, como conoce ser, y esto persiguiéndose y estando enojada consigo misma: de condición que no basta que el alma se conozca, sino que también se ejercite con los actos humildes de la voluntad y corazón, imitando al Hijo de Dios, que tan altamente ejercitó esta humildad y todas las virtudes: abajóse tanto y humillóse tanto este Señor, enseñándonos a humillarnos, que siendo Dios se hizo hombre y niño naciendo de la Virgen en un establo, abrazándose, como tan humilde, con la suma pobreza.

¡Oh con cuánta humildad y mansedumbre se abrazó con los trabajos! ¡con cuánta humildad que lavó los pies a sus discípulos y a Judas con ellos, que sabía bien él que le había de vender! sin enojarse con él: y estaría este humildísimo Señor arrodilado a sus piés lavándose los y limpiándose los. ¡Oh acto heróico de humildad de Dios! Aprendamos, pues, de tan sabio maestro a humillarnos. ¡Oh con cuánta humildad y mansedumbre y silencio que se hubo, cuando estando orando en el huerto, fué preso por sus enemigos y atado y maltratado y

escupido y abofeteado y blasfemado, y el manso condero no abría su boca quejándose! ¡Oh con cuánta mansedumbre y humildad estaba este Señor, cuando fué llevado de Anás a Caifás, teniéndole allí por loco, porque no respondía! ¡Oh humildad de Dios! ¡Que Dios se deje maltratar, que Dios se abaje tanto, sujetándose a sus enemigos, sufriendo de ellos tan grandes deshonras! ¡Oh humildad santa y bendita! ¡Cómo la ejercitasteis vos, Dios mio, tan altamente, para que nosotros la aprendiésemos de vos, Dios mío, para que siempre os tuviésemos delante de nuestros ojos, como espejo, mirándonos en vos!.

Estos son actos de humildad de corazón del Hijo de Dios, enseñándonos cómo nos hemos de humillar imitándole en todos nuestros trabajos: estos son actos de humildad del Hijo de Dios, que consintiese ser escupido y abofeteado y injuriado y afrontado, siendo Dios: estos son actos de humildad, que consintiese Dios ser coronado de espinas y maltratado de sus criaturas: estos son actos de la fina humildad de corazón, que se abajase Dios tanto, que se dejase dar tantos y tan crueles azotes de los que él había hecho tantas mercedes: estos son actos de humildad, que consienta este Señor ser desnudado de todas sus ropas y que esté sujeto a todos los trabajos que le hacen: estos son actos de la fina humildad de corazón, que consienta Dios ser tenido por loco y por mal hombre y revolvedor, siendo bondad y sabiduría infinita: estos son actos de la verdadera humildad de corazón, que el Hijo de Dios consienta ser llevado, como si fuera malhechor, por las calles apregonándole, llevándole a crucificar; y que a todo calle y con suma mansedumbre se humille el Hijo de Dios hasta la muerte y muerte de cruz: estos son actos de verdadera humildad, que consienta Dios ser crucificado y enclavado en una cruz con duros clavos, padeciendo tan grandes dolores y tormentos sin quejarse, aceptándolo todo con profunda humildad, amando a

sus enemigos y rogando a su Padre por ellos.

En este espejo hemos de mirar a esta humildad, y a este Señor hemos de imitar para que en algo le seamos semejantes. Estimóse en mucho aquel acto de humildad del rey David, el cual hacía del juglar danzando delante del arca de Dios; y de San Francisco, que porque le habían regalado algo en una enfermedad que tuvo, se fué después de sano con un compañero a una iglesia y allí se desnudó, quedándose con los paños menores, y de allí se fué a la horca, y allí empezó a decir mal de sí, diciendo: "Vosotros me teneis por santo, y yo me regalo", diciendo los regalos que le habían hecho.

Estos Santos en estas humillaciones no pasaron mucho trabajo, por quererlo ellos, si no fuese venciendo alguna repugnancia, si la tenían; pero el Hijo de Dios pasó grandes trabajos, dolores y crudos tormentos, y porque tan altamente se humilló y padeció, fué por el Padre eterno tan altamente levantado. *Humiliavit semetipsum usque ad mortem*¹. Y cuanto más el alma se humillare imitando a Cristo, y se ejercitare en los actos de humildad interior y exterior por el mismo Cristo, y fueren más vehementes inclinando la voluntad y corazón a alegrarse y a amar todos los desprecios y deshonras, que le fueren hechas delante de este Señor y para su gloria; más sólida y perfecta alcanzará la humildad y toda virtud: y sin estos actos de esta virtud y de las otras en su lugar, yo no sé cómo se pueda alcanzar, ni otra alguna virtud, si se contentase el alma con este conocimiento ya dicho. Aunque esto creo que jamás se verá lo uno sin lo otro; sino que cuando hay más conocimiento, hay más del ejercicio de los actos de la voluntad, aceptando el alma, y abrazando todos los trabajos presentes y toda deshonra y menosprecio que la venga con gran silencio y mansedumbre y humildad, y esta adquisita con este ejercicio del corazón y

¹ Philipp. II, 8.

voluntad, habiéndose el alma fuerza a tomar lo amargo por dulce, y lo dulce de las honras y regalo por amargo, es la humildad de corazón que quiere Cristo que tengamos y que aprendamos de él.

Por esta comparación se entenderá bien todo lo dicho, y cuánto conviene el ejercicio, sin el cual no se puede tener ni alcanzar la humildad de corazón ni otra alguna virtud: Dios bien lo puede dar si es servido, como Señor de todo; pero éste es el común modo por do se alcanzan todas las virtudes, y Dios las acostumbra dar a las almas, que es orando pidiéndoselas, y trabajando mortificándose. Es bueno tomar algun tiempo señalado para ejercitarse el alma en este ejercicio, en estos actos vehementes de esta humildad y por consiguiente de todas las virtudes. Y este ejercicio ha de ser, puesta el alma delante de su Dios, aceptando todas las deshonras y trabajos que la vengan de mano ajena, recibiéndolos todos de la mano de Dios, y no de las criaturas, haciendo actos de alegría delante de Dios, y recibiendo todo con gozo de su mano, abrazándolo todo con el corazón y voluntad por amor de Dios.

CAPÍTULO XXII

Comparaciones de cuánto importa trabajar para alcanzar la humildad y todas las virtudes, y este trabajar es el mortificarse el alma

Si un señor quisiese hacer un grande y sumtuoso edificio y toda la máquina de él tuviese en la cabeza, sabiendo y conociendo todas las partes que había de tener para ser perfecto, y los aposentos y salas y todas las demás cosas de aquella máquina,

¿Qué le aprovecharía a este señor todo esto para servirse de aquellas piezas, que en su imaginación tenía presentes? Por cierto de nada, aunque es bueno el saberlo para hacer el edificio. Díganle, pues, que se aposite en aquellas piezas que tiene impresas en su entendimiento y imaginación. De condición que lo que conviene es trabajar poniendo por obra lo que tiene en el entendimiento, sin lo cual no tendrá nada para poderse servir de ello; pero con el trabajo y ejercicio se acaba la obra poniendo en el edificio todo lo necesario hasta que se acabe, y acabando gozará el dueño de lo que gastó en el edificio.

Así pasa en la virtud, que no basta conocerla, y saber y decir grandes cosas de ella, sino que el que la quisiere, ha de trabajar mortificándose para alcanzarla, venciéndose y peleando contra sí mismo, demonio y mundo, y este trabajar por la virtud es el ejercicio de la mortificación y vencimiento de sí mismo, lo cual se hace con el corazón y actos de la voluntad: y esto es el trabajar en el edificio de la virtud y santidad, poniendo en él todo lo necesario hasta que se acabe con perfección: no se goza ni se gana la virtud ni el reino del cielo sin pelea, sino trabajando y peleando por el mismo Dios.

Si uno tuviese una enfermedad y conociese claramente que una purga muy desabrida y amarga le había de dar entera salud, no bastaría conocer esta medicina y su gran virtud para estar sano, sino tomarla y padecer el trabajo de la amargura por la salud. Por do se ve a la clara que no basta, aunque es cosa grande, conocer la virtud y su valor, para poseerla y tenerla y gozarla, si el siervo de Dios no pelea en adquirirla y ganarla con pelea y trabajo, venciéndose a sí mismo con todas sus repugnancias y a todas las cosas que se la defienden con todos sus propios quereres por amor de Dios.

CAPÍTULO XXIII

De algunos efectos de esta santa humildad

Pues uno de los efectos de la gran virtud de la humildad de corazón es que como el alma ilustrada por Dios, comoatrás está declarado, al conocimiento propio y profundo de sí misma, se ve a si misma y conoce tal cual es, y tal se ve que se aborrece pareciéndose sumamente mal por los grandes males que en sí ve; y viéndose tan abominable y vilísima, se hiede a sí misma tanto, como si trajese a sus narices peros muertos y hediondos; y como se ve tal y tan mala, con grande enojo que concibe contra sí, con grande persecución se persigue y anda consigo misma enojada y regañando, contradiciéndose siempre, haciéndose mal, dejándose vencer de todos; y viéndose ella tal, no se puede ver de enojo que se tiene, queriéndose sumamente mal, como tiene razón; y así se trata como un señor trataría a un esclavo muy malo: y por esta comparación que se sigue se verá la razón que tiene de quererse y tratarse mal.

CAPÍTULO XXIV

De la comparación de un señor con un esclavo

Si un señor tuviese un esclavo, y este esclavo fuese muy malo, que robase a su señor todo cuanto pudiese, y le hiciese todos los males que pudiee, y le fuese tan gran traidor que no parase en esto, sino que de noche y de día le anduviese acechado para le matar y quitarle la vida; y en estas cosas se desvelase de noche

y de día. buscando todos los modos posibles cómo destruir y matar a su señor; y esto que el señor lo experimentase muchas veces y tomase con el hurto en las manos: pues siendo este esclavo tan traidor y malo contra su señor, pregunto yo: ¿qué pena merecería este esclavo que le diese su señor? Por cierto grande: que le eche una cadena al cuello, y le trate ásperamente y encarcele, no es mucho: y aunque le eche a una galera para vengarse de él, y para humillarle, y que sea muy sujeto y obediente a su señor a poder de azotes y castigo, lo debe de haber, porque con la pena sea cuerdo, dándole mal calzado, y el vestido vil y despreciado, mala comida y desabrida, descontentándole siempre porque cobre seso, y de malo venga con el castigo a ser bueno, tratándole ásperamente de palabra, porque volviendo sobre sí con este castigo se enmiende; y si con tan grande rigor viene a padecer mucho, más vale que padezca el esclavo, que no que se pierda el señor por no le castigar.

Pues viniendo a nuestro propósito, este esclavo que se ha pintado con su señor en una figura de nuestro espíritu y de nuestra rebelde carne. Pues ¿qué castigo diremos que merece esta nuestra rebelde y traidora de nuestra carne, la cual de razón ha de ser esclavo, y el espíritu el señor a quien ha de estar sujetá? Si de noche y de día anda con sus engaños buscando modos cómo robar y destruir a su señor el espíritu toda su hacienda, que son las virtudes: y no para en esto su maldad, sino que también estudia cómo quitar el alma no solo las virtudes, pero su vida que es la gracia de Dios, para que por aquí del todo se pierda: y este es su oficio de este mal esclavo de nuestra carne, y esta traición se la topa el señor muchas veces y tómale con el hurto en las manos.

Pregunto yo: ¿qué pena merecerá este esclavo tan malo y que tantas traiciones arma contra su señor el espíritu que le dé este su señor? Dios nos lo dé a conocer y ponderar para darle el castigo que merece Pues lo que él pretende no es quitar vida de

cuerpo, que tanto el mundo la estima, sino vida del alma, que es tan gran mal perderla, que no hay lengua que lo sepa del todo encarecer: porque no es menos la perdida que perder la gracia y amistad de Dios, y perdida esta gracia, está por entonces enemiga de Dios, perdiendo a Dios y al cielo, siendo esclava de Satanás por el pecado.

Pues quien tanto mal quiere hacer, ¿qué pena merecerá? Grande por cierto: y esclavo tan malo y traidor ¿qué pena será bueno que se le dé según su maldad? Pues lo que conviene es perseguirle cruelmente, descontentándole siempre, dándole lo que no quiere y repugna, que son los trabajos y toda cosa contraria a su voluntad y querer, y quitándole lo que ama y quiere, que son sus contentos y regalos, y todo lo que a él le da gusto, persiguiéndole siempre, haciéndole andar al revés disgustándole siempre, y haciéndole mal; porque así lo merece, haciéndole hacer lo que no quiere y repugna y le sabe mal, que son las cosas que él no gusta y le dan pena, y hacerle que no haga lo que quiere y le contenta y le da gusto, y esto por descontentarle siempre, castigándole en algo de lo mucho que merecen sus maldades.

Si gusta de mirar cosas hermosas y lindas que le darán contento, hacerle que no las mire, descontentándole siempre. Si gusta de oír cantos suaves y delicados, hacerle que no los oiga, desgustándole. Si gusta de comer cosas delicadas y sabrosas, dárselas mal guisadas y desabridas, porque bástale que se sustente, y que no se regale. Si quisiere oler cosas olorosas, no se las dar, porque no se deleite en nada, porque aprenda a vivir y obedecer a su señor el espíritu a poder de azotes y castigo. Si gusta de honras, darle deshonras con todos los menoscobios del mundo. Si quisiere vengarse de las injurias que le hicieren, darle más y hacérselas tragar todas a pesar de su cara, y toda reprehensión y persecución. Y si amare las cosas de esta vida, quitárselas, porque no se deleite en ellas, y quitarle

todo lo que le suele recrear, que no le quede sino solo lo necesario para poder vivir, huyendo de todo género de salsas de que gusta, excepto en enfermedad por necesidad: porque todo regalo eleva y da fuerzas a la carne, y ella se sirve de esto para combatir y destruir a su señor el espíritu; de condicion que es menester andar siempre con el cuchillo y azote de la mortificación y persecución en la mano, castigando nuestra carne y con algunas disciplinas y asperezas. *Qui sunt Christi carnem suam cruciferunt cum vitiis et concupiscentiis*¹.

Este tan grande odio nace del gran conocimiento que el alma tiene de sí, el cual la mueve a perseguirse tanto, porque venciendo el alma a este su enemigo tan grande de su carne, esté más segura, siendo señora de su carne y no esclava temiéndola, sino señoressándola a su pesar con guerra larga, que con ella ha tenido hasta que ella se ha dado por vencida.

Pues sí este tan mal esclavo, que se ha dicho, regalamos, vendrá a cobrar tantas fuerzas contra su señor el espíritu, que el esclavo venga a ser señor, y el señor esclavo de su esclavo, por dejarse vencer de él. ¿A qué mayor desdicha puede venir un señor en esta vida, que a ser esclavo de su esclavo, y su esclavo señor de su señor, y quedar perdido, solo por dejarle salir con la suya regalándole? ¡Oh cuánto conviene tenerle muy sujeto, persiguiéndole, y que tema siempre a su señor, y no el señor a él, tratándole ásperamente sin compasión!

En esto habíamos de estudiar de noche y de día, en perseguirnos como a grandes enemigos: esto había de ser nuestro cuidado; sobre esto habíamos de tener nuestra oración, y todos nuestros cuidados y diligencias habían de ser salir de nosotros mismos y vaciarnos y desnudarnos de todo nuestro amor propio, para que el Señor se aposente en nuestros corazones desnudos de todo amor terrenal y carnal, y esto se ha

¹ Gal. V. 24.

de hacer persiguiéndonos. Y por no velar en esto echando de nosotros a nosotros mismos, medramos tan poco, que al cabo de la vida se está el hombre muchas veces tan lleno de sí mismo como al principio de su conversión y con pocos merecimientos delante de su Dios en la otra vida, por habersele pasado en buscarse a sí mismo: y el grano de nuestras buenas obras y el gran merecimiento en la otra vida está, y consiste en negarnos y vencernos y perseguirnos en esta vida por amor de Dios. Si el grano de trigo en la tierra muere, lleva mucho fruto, y si no, no: si el alma muere a sí misma, llevará grande fruto, y si no, no: pues por este camino del morir el alma a sí misma viene a alcanzar la santidad y las virtudes, negándose a sí misma y tomando su cruz y siguiendo al Hijo de Dios.

Pues ¿en qué me negaré, persiguiéndome? Digo que en lo poco y en lo mucho, no teniendo cuidado de mí, y no se me dando nada de mí, no me buscando en nada; porque buscándose, crece el amor propio, y el alma vuelve atrás: y por el vencimiento de sí persiguiéndose, pasa adelante. Miremos por nosotros, porque cada vez que nos regalamos sin necesidad hacemos una locura: de condición que ninguno puede alcanzar la perfección, si no se persigue de veras; y ese se persigue de veras, que se conoce de veras por el camino de la humildad, la cual descubre el alma quién ella es de verdad, y quién ha sido: y como se conoce bien, búrlase de su carne, y aunque no es lícito destruir la naturaleza y carne nuestra, pero es lícito perseguirla y descontentarla. Y si algunos nos persiguieren, respondámosles con grande amor y alegría, diciendo: "estos ángeles me conocen a mí bien, diciendo quien yo soy y reprendiéndome mis faltas, y me tratan como yo merezco; que no los que me honran y tienen por santo no me conociendo"

Amemos, pues, la bajeza preciosa de la humildad, porque lo más vil y bajo y despreciado a los ojos del mundo, eso es lo más precioso, más alto y de más valor a los ojos de Dios y de los

Santos. Y así Cristo Señor nuestro vino al mundo huyendo lo que el mundo busca, que son riquezas y regalos y cosas preciosas y honras, naciendo tan pobre y humildísimo en un establo, y muriendo tan pobre en una cruz, tan deshonrado y despreciado; enseñándonos que le sigamos menospreciando al mundo, y que abracemos lo que el mundo no quiere, como es probreza y deshonras. Y así ayuda para esta humildad lo roto y no nuevo, usando siempre de lo bajo y vil; porque esto será para él, si se sabe aprovechar de ello, lo más precioso, como es cama vieja, oficio bajo, comida vil, platos y escudillas viejas, cuchillos y pañizuelos y semejantemente y vestido de poco valor: porque todo lo contrario ayuda a la soberbia y estimación de sí mismo; y lo contrario, que está dicho, allá secretamente humillan el alma mucho; y todo lo contrario, que es lo precioso, la eleva con un vano contentamiento que de usar lo precioso le viene.

Y esta tan grande humildad es causa que los siervos de Dios tengan grande paciencia, cuando los deshonran y tratan ásperamente, y les dan cosas viles y bajas; pero cuado los regalan y tratan bien y hacen caso de ellos y los honran, no pueden tener paciencia, porque con los regalos y buenos tratamientos desmedran ellos, y con muchas deshonras y persecuciones medran mucho y agradan a Dios negándose y venciéndose por el mismo Dios.

Y cuando hayamos alcanzado todo esto, digamos: *Servi inutiles sumus*¹, como es la verdad; porque por nosotros solos, si Dios no nos ayuda, no podemos tener cosa que valga algo ni cosa que agrade a Dios, y así somos siervos inútiles.

¹ Luc. XVII, 10.

III

DE TRES COSAS CON LAS CUALES DIOS NUESTRO SEÑOR HALLA MUY DISPUESTA EL ALMA PARA QUE VENGA SOBRE ELLA EL ESPÍRITU SANTO A COMUNICARLA DE SUS DONES Y RIQUEZAS

Veni, creator Spiritus, mentes tuorum visita

Tres cosas son muy principales las que ha de tener y procurar el alma, para que el Espíritu Santo, hallándola con ellas muy dispuesta, venga a ella a visitarla y enriquecerla de dones y perfecciones. La primera cosa es la humildad de corazón, como fundamento de todo el edificio espiritual. *Deus suberbis resistit, humilibus dat gratiam*¹. Esta gran virtud es tan amada a los ojos de Dios, que a la medida que el alma se humilla y abaja, a esa medida la levanta Dios: y así se dice de ella, que ese es santo, que es humilde; y ese es más santo, que es más humilde; y ese es santísimo, que es humildísimo. Y San Agustín dice: "Si me preguntas cuál es el camino del cielo, responderéte que la humildad; y si tercera vez, responderéte lo mismo; y si mil veces me lo preguntas, mil veces te respondere que no hay otro camino sino la humildad". *Super quem requiescat Spiritus meus? Super humilem.*

Al humilde levanta y honra en el suelo y en el cielo; y al más humilde, más. Y así, como la Virgen María Señora nuestra fue

¹ Prov. III, 34.

la más humilde y más que todas las que hubo, había y habrá en el mundo, la levantó Dios por su grande humildad a ella más que a todas juntas, levantándola tanto Dios Nuestro Señor, haciéndola madre suya. Y en el cielo se usa lo mismo, que los que allá son más humildes, a esos levanta Dios y honra más. Y como la Virgen María Nuestra Señora es la más huilde criatura allá en el cielo que todos los bienaventurados despues de su bendito Hijo; así ella es más honrada, y gloriosa, y bienaventurada, que todos ellos juntos, después de su bénito Hijo; y esto, porque *Respexit humilitatem ancillae suae*¹.

Y como Cristo Nuestro Señor es más humilde que todos juntos y que su Madre, por eso le levantó tanto su Eterno Padre, y le honró porque *Humiliavit, semetipsum usque ad mortem, mortem autem crucis: propter quod Deus dedit ei nomen, quod est super omen nomen, ut in nomine Jesu omne genu flectatur, coelestium, terrestrium, et infernorum*². Y así los siervos de Dios por donde ellos se abajan, por allí Dios les levanta: y andan a porfía Dios con el humilde y el humilde con Dios; el humilde a abajarse, y Dios a levantarle, porque *Humilibus dat gratiam*. Y ¿qué es lo que hace el humilde? Lo que hace es, disponerse para que el Espíritu Santo venga a él, y le hinche de sus tesoros y riquezas. Y ¿cómo se dispone? El disponerse es vaciarse de sí mismo, y de todo su amor propio, y de todo amor terrenal y carnal, para que vacío todo su corazón de las cosas terrenales y carnales, y de sí mismo, hallando el Señor la casa vacía, venga y se aposente en ella, (la cual es el corazón vacío de sí mismo), apoderándose de él: porque tanto más dispuesta está el alma para que el Espíritu Santo venga a ella, cuanto más vacía y desnuda está de sí misma, y de todo su amor propio.

Ejemplo: si en una pieza está la ventana cerrada, y da en ella

1. Lc. 1, 48

2. Filip. 2, 8-9.

de lleno el sol, no entrará en la pieza cosa de luz; porque está cerrada, e impide al sol que no entre: por lo cual está oscura la pieza, que no se verán dentro: pero si la abren, como está el sol a la puerta esperando que le abran, en quitando el impedimento, (el cual es el abrir la ventana), entra el sol dentro con grande prontitud e hinche la pieza de luz, tan clara, que se ven en ella hasta los muy menudos átomos del sol. Así ni más ni menos, si el alma humilde quita los impedimentos que impiden al Espíritu Santo que no venga a ella, que son el amor propio, y los pecados, y el amor desordenado de las cosas terrenales y carnales, él luego se entra dentro del alma, y la visita con su luz, y dones, y consuelos y riquezas del cielo. Y así como la piedra imán atrae a sí el hierro; así estas virtud de la humildad atrae al alma con el ejercicio las otras dos virtudes, que son la grande limpieza del alma, *Lavabis me, et super nivem dealbabor*¹, y la grande caridad y amor de Dios, y las demás virtudes; y las planta en el alma porque no se pierdan, y después las guarda. De las cuales diremos cómo las atrae a sí, y las planta en el alma, para que con más plenitud de gracia venga el Espíritu Santo en el alma, y se aposente en ella, y la enriquezca de dones y de gracia.

Pues ¿en qué consiste esta tan preciosa humildad? Digo, que en parecerse el alma a sí misma (del grande conocimiento que tiene de sí) fea y abominable, en tanta manera que ella tiene asco de verse tan fea y mala y hedionda, que ella a sí misma no se puede sufrir; y en holgarse que los otros la conozcan cuán vil y mala es, y la tengan en la misma opinión; y que si se lo dijeren en su cara, que se huelgue de ello, de que sepan que es mala, y no buena: entonces es el alma humilde y graciosa a los ojos de Dios, porque a sí misma de verdad de corazón se parece tan fea y mala y hedionda, por lo mucho malo que ve en sí.

1 Ps. L. 9.

¡Qué avergonzada se hallará delante de Dios! ante cuya presencia no osa de vergüenza alzar los ojos, viéndose tan mala delante de un Dios tan bueno, a quien tantos agravios y traiciones ha hecho. Esta tal alma, aunque en su cara digan de ella mil males y menospesios y deshonras, no se indigna, ni se enoja de ello, pero agradéceselo al que se lo dice, porque lo toma como aviso para que se conozca mejor, y se humille, y se enmiende.

Algunos hay que se humillan, no siendo humildes, sino soberbios, diciendo de sí que son malos y grandes pecadores, y si otro alguno se lo dice, ellos se indignan tanto contra él, y le dirán: "Mejor soy, que no vos;" y tomándolo por injuria y deshonra, por ventura lo vengarán. Ellos se humillan, aunque falsamente; y no quieren que otro los humille y diga sus faltas, porque son soberbios.

En esto se conoce el humilde, en que mientras más males dicen de él en su cara, más se huelga, porque los avisan que son malos, para que ellos se enmieden y sirvan a Dios mejor y con más humildad; huélganse con las deshonras y menospesios que les dan; entristécense de que los honran y dicen bien de ellos, porque saben que no merecen ellos honra, sino toda deshonra y menospesio, por el grande conocimiento verdadero que tienen de sí; y que a solo Dios se debe y se ha de dar la gloria y honra de todo bien, cuya es, y no de la criatura. Vése el humilde vacío de todo bien, aun cuando obra santamente; y ve en Dios todos los bienes, y ve cómo él es el obrador de todos ellos, y no el hombre; vése sin paciencia, aun cuando la tiene grande en los trabajos, porque ve que Dios es el que la obra en él y con él; vea sin virtudes, aún cuando las tiene todas; y vése tan nada, teniendo ser, que ni aún menear el dedo no puede sin Dios, como si no tuviese ser; ni hacer cosa buena, ni echar un paso por sí solo.

Por este ejemplo se entenderá. Si un molino de agua está todo

tan perfectamente acabado, que no hay más que desear para que muela, por mejor que sea, no molerá ni se moverán las ruedas por sí, si no las mueve el agua, que es para esto la causa primera, con la cual él se mueve; y sin ella, no. Así, pues, la causa primera de toda obra y de toda virtud es Dios; luego síguese que sin esta causa primera, la segunda, que es el hombre, por sí solo no puede más que si no tuviese ser. Digan a un cuchillo que corte él por sí solo: aunque esté más agudo, jamás se moverá de un lugar, ni cortará, si otro no le menea y corta con él. A un pincel díganle que él por sí, sin que le menee otro, que pinte: no hará cosa jamás: ni pueden menearse, si no son movidos. Decía San Pablo: *Plus omnibus laboravi*¹, añadió luego: *Non autem ego: sed gratia Dei mecum:* para que se vea cómo el hombre por sí a solas no puede más que el que no tiene ser, ni hace cosa buena: de condición què Dios es el que lo obra con el instrumento que él es servido, y no el hombre por sí solo. *Qui se existimat aliquid esse, cum nihil sit, ipse seducit*², dice San Pablo.

Esta santa virtud es madre de todas las virtudes: y así de ella nacen, y en el verdadero humilde se hallarán. Esta es a manera de un grande y lindo árbol, en el cual se hallasen todos los géneros de frutas del mundo; el cual sería de gran precio y estima: así en esa gran virtud de la humildad se hallarán todos los géneros de virtudes que se pueden desear; porque de esta santa madre nacen tan preciosas hijas para gloria de Dios, que tanto ama a los humildes: para que se vea cómo ama Dios y levanta y honra en el cielo y en el suelo a los humildes de corazón, lo cual Cristo Nuestro Señor quiera que aprendamos de él.

1 1 Cor. XV, 10.

2 Gal. VI, 3.

**De como engendra en el alma como madre esta
humildad una hija santa que es la limpieza
imitadora en ella el alma de los ángeles
del Cielo**

La segunda cosa es la limpieza del alma que se sigue.

Esta madre santa de la humildad engendra y nace de ella la santa limpieza de pecados, y la pone limpia delante de Dios, como los ángeles del cielo, con la gracia de Dios que se da a los humildes. El cómo es de esta manera: que como por esta santa humildad al alma que Dios se la ha dado, comunica Dios tan grande luz del cielo del conocimiento de sí misma y del conocimiento de Dios, porque ella se vació de sí misma, y desnudó tanto de sí misma; vino el Espíritu Santo sobre ella, por hallar la casa del alma vacía, y aposentóse en ella, dándole con su venida mucha gracia y dones; con la cual venida la enriqueció, y entre otras joyas la dió esta preciosa del verdadero conocimiento de sí y de su Dios, con los cuales dos conocimientos la dio a conocer y sentir y ponderar la gran maldad de sus pecados cometidos contra aquel Señor de tan alta majestad como es Dios, del cual ella ha recibido mercedes sin cuenta.

Y como allí el alma delante de su Dios conoce a Dios y a sí, ve la bondad infinita de su Dios, contra quien tantos pecados ha cometido; pondrá con grande ponderación el gran mal que ha hecho contra un tan gran Señor, del cual ha recibido tantos bienes y mercedes: y de aquí de esta luz y conocimiento de Dios y de sí, y de esta ponderación le viene al alma un gran desplacer y descontento y odio de sí misma, y un gran pesar y tristeza suma de haber ofendido a tan buen Señor; que llega a tanto, que todo su oficio es andar llorando el mal tan grande que ha hecho

en haber ofendido a su Dios pidiéndole misericordia, diciéndole: *Peccavi in coelum et coram te: non sum dignus vocari filius tuus*¹, de do le viene, como a otra Magdalena, alcanzar perdón de sus pecados, lavados con gran contrición y lágrimas, salido todo del dolor del corazón.

Por este camino se viene a enamorar el alma mucho de su Dios: y mientras más crece el amor en ella, tanto más crece el pesar de haber ofendido a Dios, y ella va más creciendo en la santidad y limpieza de alma, *Lavabis me, et super nivem dealbabor*²; que viene a tanto el crecer en el amor de Dios, que antes padecerá mil muertes, que ofender a Dios; y esto le vino por el camino de la humildad y conocimiento propio: y así va creciendo en imitar a los ángeles en la humildad y limpieza de alma, considerando quién soy yo que tantas veces he pecado, y quién es al que he ofendido.

De cómo la humildad engendra en el alma la caridad y amor de Dios, como hija suya

Pues como hemos dicho cómo viene el Espíritu Santo al alma humilde, porque con la humildad la halló dispuesta para venir a ella, enriqueciéndola de sus tesoros; y también al alma que vive limpia de pecados como ángel; y de los grandes bienes y regalos con que la visita y atavía y hermosea, y de la mucha gracia que la da, y favores grandes; veamos pues cómo viene al alma que ama a este Santo Espíritu.

Digo que a esta tal alma viene el Espíritu Santo, como a esposa muy amada y querida, con más abundancia de gracia, a consolarla, y regalarla, y enriquecerla de sus dones: y esto, porque no solo se humilló y sujetó a él, pero procuró de vivir

¹ Luc. XV, 18.

² Ps. L, 9.

limpia, como ángel del cielo, para contentarle a él y servirle con gran perfección; pero pasó más adelante, viviendo toda abrasada en su amor, con el cual amor ella está más dispuesta para recibirla, como esposa a esposo muy querido de todo corazón. A esta tal alma dice el Espíritu Santo: *Vulnerasti cor meum, soror mea et sponsa mea: vulnerasti cor meum, in uno oculorum tuorum, et in uno crine colli tui*¹. Pues ¿cómo regalará el esposo a esposa que tanto ama, descubriendosele más, para que más y más crezca en su amor, y para que estas virtudes y todas las demás crezcan en ella en más alta perfección? Porque aquí en la presencia del esposo crece más y más el amor; el cual amor le engendra en el alma la humildad, y le pare con el ejercicio de la humildad y el de la caridad.

Y es de esta manera: que el alma que se abaja y humilla, Dios la levanta, dándola gran luz divina para que conozca a su Dios y a sí misma todo en un tiempo y punto: y como Dios se la da a conocer, es de tan gran valor y bondad y hermosura este Señor, que no puede dejar de amarle: y como este amor es fuego, y crece en el alma, y como es fuego, el fuego da luz y resplandor; y así va creciendo en el alma la luz y el amor: porque mientras es mayor la luz del conocimiento, conoce el alma más con más perfección las perfecciones de Dios; por el cual camino va siempre creciendo el amor. Y esta luz y crecimiento de ella viene el alma cuando ella más se humilla y abaja delante de Dios; y esta luz descubre a Dios, y se ceba en su amor, y vive abrasada en él: y de aquí de este amor que da luz al alma; le viene como de recudida² al alma un resol de la luz que la viene del amor, y un nuevo conocimiento más alto de Dios, y un más alto conocimiento de sí misma; y así se humilla allí más y ama más, y así andan a porfía aquí Dios y el alma, Dios a levantarla

1 Cant. IV, 9.

2 Verbo de muy poco uso: Pagar dar lo que le toca.

y ella a abajarse. Y este es el ejercicio, adonde con los actos del amor crece el amor, y la humildad le engendra en el alma: porque si el alma no se abajase, no la levantarían al amor y conocimiento de Dios.

Pregunto yo que ¿a dónde llegará este altísimo amor de Dios; pues Dios y el alma andan a porfía, Dios a levantarla al conocimiento suyo y de ella, y ella a abajarse; y siempre hay que abajarse, y siempre tiene Dios cosas grandes de amor a que levantarla? A la medida que anda la humildad, a esa anda la caridad en el alma: porque al alma humilde la da Dios conocimiento de sí mismo, por do le viene el amor; y por el amor de Dios, como es luz, de este fuego de amor le viene al alma grande luz para conocerse y humillarse: y cuanto es mayor el amor, mayor es el conocimiento que el alma tiene de sí; y cuato mayor es la humildad, mayor es el amor en el alma; porque por ella le dan al alma el conocer a Dios, de do le viene el amor. Y así, a la medida que el alma ama a Dios, a esa medida es su humildad, salida del amor, que la descubre quién ella es de verdad: como también a la medida de la humildad, anda la caridad y amor de Dios; porque a esa se descubre Dios y es muy familiar, para que sea amado del alma sin medida. Parece que la humildad engendra a la caridad, y la caridad a la humildad, segun se ayudan.

De cómo se dispone el alma para recibir el Espíritu Santo con el ejercicio de la oración y de la mortificación

Dispónense el alma de esta manera: que como el alma se ve delante de Dios, estando en su presencia humillada, luego como humilde viene el Espíritu Santo a ella: porque le parece tan bien, que se enamora de ella; y así como el sol envía sus rayos y resplandor al mundo, consolándose y alegrándole, así este